

ción al sangriento sacrificio de su Hijo, nos dejó en ese sacramento su sangre para que alimentados con ella participáramos de un modo mas excelente del mismo sacrificio. ¡Oh! y como, no ya rociados esteriormente con la sangre de groseras víctimas, sino nutridos con la mas pura del immaculado Cordero, podemos presentarnos en el divino acatamiento, sin temer las iras del ángel exterminador, libres de la cólera de un Dios irritado, y seguros de que, justificados por su sangre, tenemos un derecho incontestable á la eterna gloria.

SERMON DEL SEÑOR

DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA.

Predicado en el convento de religiosas de Regina Cœli de México, en la fiesta con que el dia de la Invencion de la Santa Cruz se celebra allí bajo el título de *ECCE HOMO*.

Ita exaltari oportet Filium hominis... ECCE HOMO. Joann cap. 3. v. 14. et cap. 19. v. 5.

¡Qué juntas estan siempre, y cuán maravillosamente enlazadas en los misterios del Salvador del mundo la gloria y la ignominia, la humillacion y la grandeza, el abatimiento y la exaltacion! Unidas estas inseparablemente, segun correspondia á la soberana obra de nuestra Redencion, no podemos escitar en nuestros corazones la dulce memoria de la gloriosa grandeza de Jesucristo, sin que al mismo tiempo se nos recuerde el exceso de humillacion y abatimiento á que se vió reducido, y como anonadado este hombre Dios. Sí,

señores, la tribulación, los oprobrios y los desprecios eran el camino por donde Jesucristo había de remontarse al escelso trono de su gloria; y siendo conveniente, como el soberano maestro lo enseñaba en el presente evangelio, que de este modo fuera exaltado el hijo del hombre no quiso el Señor dar á conocer al mundo la grandeza de su dignidad, y los gloriosos títulos de su ministerio sino acompañados de otros tantos títulos de abatimiento y de desprecio. Y ¿qué otra cosa quiso significarnos en la milagrosa Invenzion de la Santa Cruz acompañada de tantos prodigios sino esta misteriosa concordia armonia que resplandece entre el abatimiento y la exaltacion, queriendo que aquel infame tronco, lugar de la deshonra y del castigo, oprobrio de los delinquentes, y suplicio de los mas infames malhechores fuera el asiento del honor, el blanco de las adoraciones, el instrumento de la vida, y que, el antes horrorosa afrenta de los delinquentes, é injuria de los mas atroces delitos, se viera brillar y lucir sobre las testas coronadas como caracter y divisa del pueblo amado y escogido de Dios? No bastaron los cuidadosos desvelos con que unida á la perfidia judaica la ceguedad de los Gentiles procuró bor-

rar de la memoria de los hombres, y ocultar ignominiosamente bajo los inicuos fundamentos del templo erigido á la ira-pura Venus la Santa Cruz: no bastaron, digo, para que la santa Elena, madre del grande Constantino, no emprendiera un dilatado viage en la abanzada edad de ochenta años para descubrir este celestial tesoro. Interesóse el cielo á costa de milagros en su descubrimiento, distinguiéndose de las otras cruces la de nuestro Salvador dando á su contacto repentina salud á un enfermo; levantó en honor suyo de preciosos mármoles Constantino un suntuoso templo y enriquecidas las dos Córtes del mundo Roma y Constantinopla de las reliquias santas de la cruz, el instrumento de afrentas, de dolores y de suplicios se vió transformado en la mas adorable y preciosa prenda de nuestra felicidad. Así convenia, vuelvo á decir, segun la doctrina de Jesucristo en el presente evangelio que fuera exaltado y glorificado el hijo del hombre, *Ita exaltari oportet filium hominis*, uniendo misteriosamente en su abatimiento y su gloria los títulos al parecer tan opuestos de un Dios humillado y engrandecido. Y siendo esta union, aunque tan distante de las falsas ideas del mundo, tan conforme á los altos designios

del Altísimo, ¿qué hay que admirarnos si en el día, que esta ilustre devota junta consagra á las glorias y cultos de nuestro amable Redentor, no nos pone á la vista sino una imágen deforme, dolorosa, cubierta de llagas, vestida de una andrajosa púrpura, empuñando por cetro una debil caña, cubierta su cabeza con una corona de agudas espinas, tan desfigurado el semblante, tan despreciable y abatida que no aparece en ella ni semejanza de hombre?

Pero, por mas que absorta y arrebatada la idea no puedan percibir los sentidos quién es este tan despreciable objeto, oigamos la católica doctrina que nos dice que Jesucristo, el Hijo unigénito del Padre Dios, eterno, omnipotente, inmenso, sábio, señor absoluto y árbitro del universo, que tomando carne en el virginal vientre de Maria es juntamente hombre mortal y pasible, es el que nos representa esa imágen, y el que, presentado al impio judaismo por el presidente romano, necesita para que en tan afrentosa y dolorosa situacion fuera reputado por hombre del testimonio del mismo presidente, *Ecce-Homo*. Véis hay á ese hombre, les dice, reducido al mas triste y lamentable estado: á ese hombre el mas infeliz de cuantos han visto

las edades, blanco de vuestras iras, y tan desfigurado y abatido, que á ignorar que vosotros así le habeis transformado, no creeríais que era hombre, sino una insensible estatua. Esta es, señores, la energia de aquel título *Ecce Homo* bajo el cual adoráis á vuestro Redentor en este día: título á la verdad de abatimiento y de desprecio para los hombres. Pero si el Señor ha dispuesto convertir en títulos de grandeza, aun á los ojos de los mismos hombres, los que antes fueron en su persona de ignominia y afrenta, *ita exaltari oportet Filium Hominis*; véis hay en ese mismo título un título en que Dios es glorificado, engrandecido y exaltado entre los hombres: *Ecce Homo*. Valióse Dios del ser y título de hombre singularmente en esta ocasion para ser abatido; pero al mismo tiempo él le destinaba para medio de su glorificacion entre los hombres. Al ver al mismo Dios tan abatido y humillado en este hombre se escita en nuestros corazones ácia él el mas tierno y compasivo afecto; *Ecce Homo!* pero al verle en ese mismo ser y título de hombre glorificado y engrandecido entre los hombres esclamemos llenos de regocijo; *Ecce Homo!* Este es, señores, el singular misterio de estas palabras y

será la materia de este discurso: Dios en el título y ser de hombre humillado y engrandecido.

Justo era, adorable Señor oculto en las áras. sacrosantas del Sacramento, que en el día en que veneramos la misteriosa union de la ignominia y de la gloria diernas, espuesto á la pública veneracion de los fieles, el colmo á esta festividad. En este Sacramento te reconozco especialmente nuestra fé en un exceso de humillacion cuando en él no solo ocultas tu divinidad, sino aun tambien bajo las apariencias de un comun manjar no le descubres á los sentidos ni aun el ser de hombre. Pero en esto mismo adoramos tu grandeza y tu gloria confesando que nunca te muestras mas alto y exaltado que cuando mas procuras ocultarte y humillarte. Sirva pues tu misma adorable presencia á alentar mi corazón y esforzar mis palabras por intercesion y abatiéndose, ser exaltada á la soberana dignidad de madre tuya oyendo de boca de un ángel aquella celestial embajada AVE MARÍA GRACIA PLENA.

Entre los ilustres y brillantes nombres con que antes de tu venida al mundo (S. S. S.) quisiste darte á conocer á

los hombres bajo las sombras y velos de las profecias y figuras ninguno hallo mas repetido y mas glorioso que el título de Rey Soberano y Príncipe dominador del universo. Si registramos con atencion aquellos lugares de los profetas santos en que se anuncia la venida de Jesucristo, no encontramos sino ideas magnificas de gloria y de grandeza en un Rey poderoso y conquistador fuerte, príncipe de la paz, libertador de su pueblo que estenderá hasta los últimos términos del mundo sus gloriosas conquistas y su soberano dominio. Allá se nos representa en Micheas como un esforzado capitán que conduce felizmente á su escogido pueblo Israel. En Malachias como un príncipe conquistador. En Isaías como un prudente conseqero, padre de los siglos y príncipe absoluto de la paz. En los salmos como un señor universal de quien no es menos la herencia que los pueblos todos y la vasta capacidad de la tierra. Llegó por último el tiempo destinado al cumplimiento de estos oráculos tomando el mismo Dios en su persona el nombre y ser de hombre mortal, y cuando ansioso aguardaba el mundo ver entrar cortejado de lucidos numerosos egércitos, sugetando los mas poderosos reyes á su imperio, coro-

nadas sus sienes con los victoriosos laureles de las conquistas del mundo todo, empuñando el cetro vencedor del universo: cuando así esperaba el engañado judaismo ver entrar triunfante al Mesías anunciado á colocar su asiento en Jerusalem, vuelve los ojos y no vé en Jesucristo sino un hombre abatido, llagado cruelmente, espuesto á la irrisión de la infima plebe con las despreciables insignias de una andrajosa púrpura, una caña y una corona, no de triunfantes luareles, sino de dolorosas espinas. ¿A dónde están aquellas ideas brillantes, aquellas magníficas imágenes? ¿En esto han parado aquellos caracteres de grandeza, aquellas representaciones de gloria bajo las cuales se dejó ver el Señor á sus iluminados profetas? ¿Transformado aquel Rey poderoso, aquel conquistador soberano en un Rey de farsa y en un hombre reducido al estremo de la ignominia: *Eccé Homo*? Sí, dice el mismo Jesucristo, así convenia que fuera engrandecido el hijo del hombre: *Ita exaltari oportet Filium hominis*; y era preciso que habiendo de ser el título de hombre título en que diérase á conocer su grandeza, fuera antes este mismo medio de su mayor abatimiento.

No pretendo, señores, el dejar cor-

rer el discurso por aquellos escesos de humillacion á que en la série de toda su vida quiso abatirse este hombre Dios. Basta solo la presencia de aquella imagen, y la enérgica significacion de aquellas palabras *Eccé Homo* en la boca del impio presidente, para que comprendáis cuanto es Dios abatido y despreciado en el hombre. Yo creo que ningun abatimiento es mas ignominioso que aquel en que cayendo el hombre de su elevacion sirve de medio para humillarle lo mismo que debia serlo de su exaltacion. Caer de un trono sublime á un estado abatido, pasar de la gloria y el honor á la ignominia y la deshonra es en la realidad de aquellas miserias que mas hierren un corazon noble; pero cuando el desprecio se vale de los mismos títulos que deberian dar honor y gloria, entonces llega á ser el abatimiento mas injurioso. Yo no me admiro tanto al ver á un Bitelo, á un Valeriano, á un Ballazeto, á un Cárlos de Inglaterra pasar desde el trono hasta las cárceles, hasta las prisiones y hasta el suplicio; como cuando me acuerdo de Andrónico conducido públicamente por las calles de Roma raída la cabeza, afeado el rostro, vestido de un andrajo, con una soga al cuello, tratado

por la insolencia de la plebe como un Rey de burlas. ¡Qué abatimiento para un Emperador del oriente que aquellas mismas calles por donde solia caminar triunfante entre los aplausos y adoraciones, le vieran conducir entre las burlas y oprobios convertidas la real diadema y el cetro en instrumentos de mofa: que aquel mismo titulo de Emperador que era para los pueblos nombre de asilo, de respeto y de aliento para impetrar las gracias, fuera despues nombre de ignominia y escarnio, y de que se valia industriosa la malicia para hacerle obgeto de la irrision! Dulces sin duda le parecerian los golpes y las espadas, dulce la misma muerte por dejar de oirse llamar con voces de irrision Emperador: y hubiera querido que la malicia se valiese antes de las viles representaciones de infamia que del titulo de Rey para su deshonra. Pero ¿qué proporcion tiene la injuria de este monarca con el abatimiento á que es reducido Dios en aquel hombre que con las ridiculas insignias de Rey cubierto de llagas, hecho el blanco de las afrentas es presentado por el presidente romano al ingrato judaismo. El Señor, como antes deciamos, habia sido anunciado de sus profetas como un Rey poderoso. Los nom-

bres de Príncipe, Salvador y Restaurador, habian sido los caracteres por donde se habia querido hacerse respetar y desear de los siglos. El cielo, la tierra y los abismos eran aun pequeño limite de su señorío, y ya mucho antes habia mandado, por boca de David, que se anunciara por todas las naciones la soberania de su dominio (1): *Discite in Nationibus quia Dominus regnavit*. No podia ciertamente haber hallado el amor de Dios industria mas oportuna para su abatimiento en el hombre que haber permitido sirvieran estos mismos soberanos renombres para su ignominia. Ser reputado por engañoso, por sedicioso y malhechor era injuria y afrenta que envilecia su dignidad: valerse la malicia para abatirle del soberano titulo de Rey, servirse de los nombres de Libertador, Redentor de su pueblo y Príncipe de la paz para una insolente irrision es sin duda el mayor exceso á donde pudo llegar el abatimiento. Aquellos mismos que consultando á los oráculos sagrados debian entre alegres reverentes vivas abrir sus labios para pronunciar el nombre de su libertador, solo los mueven para burlar-

(1) Salmo 95. v. 10.

se de este nombre; los que debian humildemente postrados venerar las huellas de sus pies se hincan en su presencia para injurjarle, y el prometido como Rey triunfante, que tuviera bajo sus pies los despojos del orbe todo, solo se descubre bajo la imágen de un hombre llagado, abatido, y reputado como Rey de farsa: *Ecc Homo*. Este es, señores, el único renombre que en medio de tantas injurias y deshonras, de tantos baldones é improperios le ha quedado á este Dios humillado: véis ay al hombre. A este humilde nombre se ha sugetado aquel Señor que antiguamente celoso de su soberana dignidad habia querido hacerse característicos los nombres mas soberanos. Ya se llama el Señor de los egércitos y las batallas; ya el Dios fuerte; ya torre incontrastable, llegando á tanto la reverencia del pueblo judaico al sacrosanto nombre Jehova que solo los sacerdotes, al tiempo que bendecian solemnemente al pueblo dentro del templo, le pronuciaban; mas ya humillada su sabiduria, abatida su dignidad, anonadada su grandeza solo se ha reservado el nombre de hombre tanto mas ignominioso en aquellas tristes circunstancias que no contenta la furiosa ingrata rabia de

su pueblo con negarle el título de Rey soberano con que poco antes le aclamaban, no quiere al parecer reconocerle ni como hombre.

A la verdad que no carece de misterio que al presentar á aquella plebe enfurecida el Principe este miserable espectáculo no se valga, ó ya del nombre de Jesus por el que era generalmente conocido, ó de otros títulos de compasion y lástima bastantes á escitar la conmiseración. Aqui teneis (podria haberles dicho) á este infeliz que agotada la sangre de sus venas, despedazado cruelmente el cuerpo, atravesada con agudas puntas la cabeza, apenas le resta otro espíritu de vida que el que basta á hacerle mas infeliz haciendo mas largo su dolor. ¿Qué aliento, qué vigor, qué esfuerzo tendrá ya para querer ser venerado vuestro Rey? Dejadle ya cubierto de dolores y sírvale aquel corto espacio que puede vivir entre amargos tormentos de castigo mas egemplar que la misma muerte. Pero por mas que elocuente la compasion hubiera sugerido las espresiones mas vivas y patéticas para mover á la piedad; nunca hallaría título ni mas humilde, ni mas propio á templar la ira encendida de aquel pueblo que el título de hombre. Tiene la seme-

janza no sé que oculta fuerza, y que soberano dominio sobre los corazones que templados en una concorde armonia, tocados con unos mismos afectos logran un reciproco derecho al amor y la compasion. La naturaleza, que puso en la semejanza un lazo estrecho que sirviera á la sociedad civil, y á la comunicacion de los hombres, hace aun á los mismos brutos partícipes de los mismos sentimientos desiguales en su especie en sus ciegas inclinaciones. Ella es la que da vigor á los egemplos, ella escita á la imitacion, ella es madre fecunda del amor, y finalmente ella es poderoso motivo á la compasion. Asi parecia que en tanto abatimiento á que se veia el Señor reducido en el hombre fuera la semejanza con los demas hombres una poderosa razon á templar su furia y escitar en ellos la piedad. A la verdad que cuando habia Dios en el ser de hombre humillándose hasta el exceso, parece que en este mismo título habria de hallar para con los hombres un estímulo á la compasion, sirviendo él de motivo á que templada su furia, y amansado el rigor se portaran aun en el mismo castigo con aquellos sentimientos de humanidad que demanda la semejanza. Pero no hay que pensar que en aquel

medio de que se vale el amor divino para ser abatido encuentre á lo menos la compasion á que escita la misma miseria. Porque al oír aquellas voces *Ecce Homo* veis ay al hombre, cual fiera hambrienta que sin detenerla las mas estrechas prisiones corre enfurecida á la presa, gritan, claman que sea condenado á la cruz, y llevado al último suplicio: convirtiéndose asi en el abatimiento de este Dios hombre, no solo en títulos de ignominia, los que debian ser de su gloria; sino aun en motivos de encender contra él la furia de los hombres, los que debian serlo de compasion. Con razon se quejaba el Señor por el profeta que no era hombre sino despreciable gusano oprobio de los hombres (1): *Vermis sum et non homo*. Y con razon os decia yo que en el título de *Ecce Homo* se dió el Señor á conocer: El Dios humillado en el hombre. Pero ¡ó designios soberanos del amor de Dios! ¡ó sabia providencia! que uniendo el abatimiento con la gloria, supo valerse de este mismo título de ignominia para ser engrandecido y glorificado entre los hombres.

(1) Psalm. 21. v. 7.

9 Hasta aqui, señores, no os ha descubierto aquel sagrado título *Ecce Homo* sino un Dios humillado en el hombre entre oprobrios y afrentas; pero escitad un poco vuestra atencion á las ideas más gloriosas y grandes para ver en este mismo título á este mismo Dios engrandecido en el hombre. Y cierto es que aquella gloria esencial del ser divino que aun antes de los siglos fué ilustré caracter de Dios, y lo será sin término, independiente, absoluta é infinita, no pudo aumentarse ni crecer en el título y ser de hombre que se dignó el Señor tomar en los tiempos. Pero tambien es cierto que aquella gloria con que Dios es engrandecido entre los hombres por medio del culto y la adoracion, puede ser mayor ó menor, segun las sabias disposiciones de su consejo. Este culto, esta adoracion, este respeto con que es Dios engrandecido entre los hombres parece quiso el Señor reservarle á aquel tiempo en que dignándose ser llamado hombre, fuera este título el medio mas poderoso á su gloria. ¿Quién pudiera recorrer ligeramente aquellos cuatro mil años antes que Dios humildemente quisiese tomar para sí el hu-

milde título de hombre, y poner á la vista en la idolatria, ceguedad y disolucion del mundo cuan poco era Dios adorado y engrandecido entre los hombres? Casi desde sus primeras cunas no tuvo este Señor otros fieles adoradores que la familia bendita de Sem. Creció el mundo aumentándose el número de sus habitadores, y no por eso fué Dios en él mas engrandecido. La sola familia de Noe, libre de la corrupcion, y esenta por tanto de la universal ruina del diluvio, era en la que Dios se veia glorificado; pero dilatándose ésta por el mundo quedó en sola la familia de Heber el número de los verdaderos adoradores; propágase éste en la de Abraham hasta llegarse á formar en el escogido pueblo de Israel el pueblo fiel, el reconocido, y el que solo glorificaba en su culto al Dios verdadero. Pero, á excepcion de esta pequeña grey, olvidado en lo restante del mundo el Dios verdadero se tributaban á impias, mentirosas deidades el culto y adoracion que á él solo se debe. La Europa, toda la mayor parte de Asia, la Africa no eran sino asiento de la mas torpe idolatria, estaba en todas ellas ignorado el Dios verdadero, y solo esclavos de sus vicios se veian por todas partes erigidos templos á las

mas detestables pasiones de la impureza, de la avaricia, de la ambicion y la embriaguez con los fingidos nombres de Venus, de Mercurio, de Minerva y de Baco. Grecia, emporio de las letras, Roma, Roma digo, cabeza y señora del universo, que daba ley á las demas naciones, era tambien la maestra del error hasta llegar á tributar adoraciones á los hongos despreciables é inmundas sabandijas. Mas que hay que detenernos en pasages tan comunes cuando el real profeta, queriendo dar á conocer quanto era Dios engrandecido, no le da otro epiteto que el de Dios conocido en Judea, y engrandecido en Israel (1): *Notus in Judea Deus, in Israel magnum nomen ejus.* ¿Mas cuándo este Dios, por cuatro mil y mas años casi del todo ignorado entre los hombres, comienza á ser engrandecido? Luego que toma para sí el humilde título de hombre. Del pequeño rincón de la Palestina comienza el hijo del hombre á avasallar la idolatria, y acometiendo en sus mismas trincheras al paganismo, convocadas al oír el nombre de este hombre las naciones todas, llega á ser glorificado en toda la tierra. Es en-

(1) Paul. 75. v. 2.

grandecido este Dios humillado desde las orillas del Oceano hasta el último rio de la tierra, y entre las abominaciones de la idolatria despóticamente dominante engrandecen y adoran á Dios con el título de hombre desde el Egipto hasta las últimas regiones de la Africa, de la América y de la Asia, glorificándole los Indios, los Chinos y los Etiopes. ¿Quién no admira, señores, que aun á costa de los mas ruidosos milagros, de los prodigios mas estupendos, no llegara á dilatarse por el mundo, y á ser Dios glorificado en todo él? ¿Quién creería cuando el mar dividido en dos cristalinas murallas dió paso al pueblo escogido, ó cuando calmado el movimiento constante de los cielos paró el sol á la voz de Jostué, y retrocedió á los ruegos de Ezechiel? ¿Quién creería cuando el cielo llovía cada dia un maná sabrosísimo, cuando para proveer de puras aguas á los Israelitas seguian su marcha las inmobiles rocas; y cuando los robustos gigantes volvan la espalda á la vista sola de la arca? ¿quién no creería, digo, que á la fama de tantas maravillas asombradas las naciones no adoraran, no veneraran, y no engrandecieran con sus cultos al Dios verdadero? ¿Pero quién no lo creería cuando

sabe que el mismo Dios no escogia para ser engrandecido sino los medios mas despreciables de la deshonra, de los tormentos, de las injurias? *Ita exaltari oportet filium hominis*: y que no habia de ser glorificado de los hombres sino hasta tomar titulo de hombre? Ya no me admira ver á Dios tan empeñado en darse á conocer por hombre, que parece hace glorioso alarde del limitado y corto ser de nuestra naturaleza. El Señor venia al mundo á darse á conocer y habia elegido esta union inefable entre Dios y el hombre para que fuera adorado, reconocido y glorificado Dios entre los hombres. Y cuando era este el principal designio de su venida, cuando él era Dios verdadero, consubstancial al padre y de su mismo ser, en cuantas ocasiones, ó ya dá celestiales doctrinas á sus discípulos, ó ya les enseña los mas profundos misterios, el titulo de hombre es por el que quiere darse á conocer. Si quiere enseñarles su divinidad, misterio capital de nuestra religion, pregunta á sus discípulos ¿cuál es el juicio que los hombres se han formado de él? caracterizándose así con el renombre de Hijo del hombre (1):

(1) Matthæi 16, 13.

mines esse filium hominis? Si les explica el soberano motivo de su abundante redencion para libertarnos de la infeliz esclavitud de la culpa, dice que el hijo del hombre vino á salvar lo que estaba perdido (1): *Venit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*. Si les anuncia su resurreccion en el Tabor; si la necesidad que tuvimos de un Dios Redentor para nuestro remedio, siempre se caracteriza con este titulo, *el hijo del hombre*. Tanto que apenas se halla cláusula en los Sagrados Evangelios de aquellas en que para instruir á sus apóstoles les enseñaba Jesucristo, y les descubria los misterios mas soberanos en que no se llama asimismo con este titulo. ¿Qué misterioso empeño es este? ¿Qué desvelo tan singular de aquel Señor que no necesitaba para su gloria de nuestro limitado ser, valerse para ser exaltado y glorificado entre los hombres de un titulo tan humilde! Parece que siendo el fin soberano de su venida el que Dios antes desconocido fuera exaltado y reverenciado por el mundo: parece, digo, que habia de hacer en todas ocasiones gloriosa ostentacion de su divinidad dándose á

(1) Luc. 19. 10.

conocer por el título de Hijo de Dios, Pero ¡cuán distantes están los juicios de los hombres de aquellos inefables consejos de la Providencia que valiéndose de los instrumentos mas despreciables para las mas altas empresas, quiso dar á conocer su gloria, y establecer su imperio adorado entre los hombres haciendo propio suyo el título de hombre! Y que mucho que estirpada la idolatría, difundida por el orbe todo la gloria de Dios haya llegado á ser venerado y glorificado en los países mas bárbaros y remotos este hombre Dios, si en el día en que singularmente hará brillar su grandeza, dejándose ver al mundo todo con aquel esplendor de gloria que es debido á su soberanía; en ese día hará tambien glorioso alarde del título de hombre. El día último de los tiempos, día, según la frase de la escritura del Señor; día, en que, como dice el Evangelio, aparecerá en el asiento magestuoso de su grandeza, este día será en el que dará el mas relevante testimonio de cuanto quiere ser glorificado en el hombre. Bien pudiera su Magestad hacer brillar en aquel día aquel soberano esplendor de su divinidad, que haciendo parecer á la vista del mundo todo un Dios justiciero, fuera luz soberana que

alentara á los escogidos, y rayo fulminante que aterrara á los réprobos. Pero queriendo vea el mundo en el mayor grado de exaltación á aquel mismo hombre que fué el oprobio y la ignominia de su pueblo, se dejará ver bajo el título y ser de hombre como juez absoluto de vivos y muertos. Por eso queriendo el Padre celestial que Jesucristo en cuanto hombre, como señor absoluto de todo, egecute esta potestad, siempre que en su evangelio anuncia á los hombres el día del tremendo juicio, se esplica con la frase de la venida del hombre (1). *Cum venerit filius hominis in sede Majestatis suae.* Dejarse pues ver el hombre Dios corporalmente visible sobre un glorioso asiento á la vista del mundo congregado con toda aquella magestad, que otras veces habreis ya oído pintar con los mas vivos colores. Yo por ahora al considerar la admiración que se derrama sobre todos, al presentarse juntos en este gran teatro ángeles y hombres, predestinados y prescitos, me parece que en aquella mezcla de vivas y gemidos de que llenaran el ayre los justos y condenados: me parece que oigo resonar las voces de los hijos de Dios,

(1) Matthæi 19. 28.

que llenos de júbilo al ver lleno de gloria á este hombre Dios esclaman *Eccc Homo* veis aqui al hombre. Veis ay al hombre, esclamarán los ángeles, que elevando á la humana naturaleza por otra parte inferior á nosotros á un grado sublime, es nuestra cabeza, nuestro príncipe, es nuestro rey: *Eccc Homo*. Veis ay al hombre, gritarán los profetas y patriarcas santos, á quien en otro tiempo anunciábamos blanco de la ignominia y del oprobio, de quien fuimos sombra y figura; el dia de hoy centro de la magestad y asiento de la gloria: *Eccc Homo*. Veis aqui al hombre, se dirán unos á otros los mártires, las vírgenes y los confesores, cuya humillacion y abatimiento fué la senda de nuestros pasos, cuya mortificacion fué el aliento de nuestra pereza, y sus dolores el exemplar para nuestra penitencia: veisle aqui triunfante de las injurias é ignominias, convertida aquella corona de espinas penetrantes en la inmortal diadema de honor y gloria, y la vil caña en el cetro dominante no ya de Judea, sino del mundo todo. ¿Y os parece que harán menos glorioso este triunfo de un Dios que quiere ser glorificado en el hombre, las tristes voces que envueltas en profundos gemidos se oirán

de boca de los infelices prescitos *Eccc Homo*? Veis aqui al hombre, se dirán unos á otros, cuyo abatimiento fué para nosotros irrision: nosotros al verle afeado, abatido, lleno de dolores, reputábamos la vida cristiana por insensata necedad agena del hombre. Le veíamos burlado y deshonrado, y no aspirábamos sino á los honores; pobre, vestido de una andrajosa púrpura y empleábamos nuestros anhelos en atesorar riquezas: le veíamos azotado, afeado y adolorido; y consumíamos nuestros dias en placeres criminales, en deleytes, en pasatiempos y en cuanto podia conducir á pasar una vida mole y delicada. ¡O cuántas veces, semejantes á aquellos impios que burlándose de él como de rey de farsa hincaban la rodilla para mofarle, llegamos al mismo templo, y en ademan de quien oraba empleado el corazon en aquel idólo de hermosura con las vistas, con las risas, con las conversaciones hacíamos con las obras irrision impia de los mas tremendos misterios! Pero ahora este mismo hombre lleno de gloria y magestad nos convence, aunque tarde, que no hay otro camino para llegar á la verdadera gloria que el de la mortificacion y el de la penitencia, viendo que el mismo Dios quiso valerse de la humillacion

para ser exaltado en el hombre. *Ira exaltari oportet:: Ecce Homo.*

Glorioso triunfo de un Dios hombre valerse de la humillacion para la gloria, del abatimiento para la exaltacion, y convertir en titulo de honor glorioso el titulo de *Ecce Homo*, que fué para los hombres de abyeccion y desprecio. Pero glorioso timbre tambien de aquella ilustre junta que, conociendo cuanto fué el empeño del Señor en glorificarse en el hombre, ha escogido este titulo para objeto de sus cultos, para blanco de sus adoraciones, y para divisa de su cofradia. Dichoso año el de 1698 en que alentados de la piedad determinaron fundar una devota congregacion que tomando á su cargo glorificar á Dios bajo este titulo *Ecce Homo*, desagraviara en cierto modo con sus repetidos solemnes cultos al Señor de aquellas ofensas que bajo este titulo mismo recibió de un ingrato pueblo. Yo bien sé que si las riquezas, aquel resorte que mueve ocultamente las acciones del hombre, son el ídolo á que se sacrifican los intereses mas sagrados, son tambien, si se emplean en honor de la deidad, sacrificio agradable al Señor. ¿Y qué sacrificio no habeis hecho, señores, de vuestros haberes cuando en solos trescientos pesos que fueron el primer

fondo de vuestra cofradia, habeis siempre con vuestro personal trabajo, y muchas veces con costosas espensas adelantado tanto sus fondos, que escede la suma de cien mil pesos la de las fincas que se emplean en honor del Dios hombre? Díganlo los cultos anuales que solemnemente le tributais, díganlo las preciosas alhajas con que habeis adornado este templo, dígalo el edificio reedificado á vuestra costa: decidlo vosotras desvalidas amparadas; vosotras huérfanas socorridas; vosotras principalmente decidlo las que atadas con el santo yugo del matrimonio, ó gozosas en los virginales claustros habeis hallado en los dotes anuales que os ministra esta junta una ayuda que os facilitara tan santos estados.

¿Y acaso ha dejado este Dios hombre de corresponder á vuestros gloriosos anhelos, el titulo que con razon le dais de guarda mayor de vuestras mercaderias no le ha desempeñado abundantemente, guardándolas siempre de los insultos y robos á que arroja, ó una delincuente avaricia, ó una necesidad ociosa y mal aconsejada? No pueden tanto para vuestro resguardo las fuertes cerraduras del hierro cuanto la mano poderosa de este hombre Dios empleada en vuestra seguridad. En vano, en

vano, dice el profeta David, se emplean en continua vela los hombres, si el Señor no es custodio y guarda de la ciudad: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam* (1): él os guarda, él os asegura, y esto pone á los que actualmente componen esta ilustre cofradía en la mas estrecha obligacion de imitar á los que tan gloriosamente antes se emplearon en adelantar los cultos del Redentor. Emplead en hora buena vuestros trabajos, vuestras fatigas, vuestros intereses, seguros de que fincaís en ellos la felicidad de vuestras familias.

Y vosotras, religiosas vírgenes, que guardando esta imagen hecha como se cree por mano de ángeles, olvidadas de los placeres con que convida el siglo, tenéis en este hombre divino, como en amado esposo, colocados vuestros afectos, lavad continuamente en la sangre que brota por tantas heridas de su cuerpo las blancas estolas de la pureza: sed en hora buena ya blancos lirios de castidad, ya rojos claveles de mortificacion descollando en el jardin fragante de la iglesia como flores que se consagran á vuestro esposo: lirio hermoso de los valles, rogad incessantemente

(1) Psalm. 126. v. 1.

al Señor que imitando todos sus ensangrentadas huellas semejantes en una vida humilde y cristiana al Dios hombre humillado logremos poder decir al verle cara á cara sentado á la diestra del Padre: *Ecce Homo*. Este es el hombre que con sus ignominias y abatimientos supió merecerse á sí y colmarnos de honor, de grandeza y de gloria.

Ilustre en el convento

de la Concepcion

de Méjico.

SERMON

DE LA CONCEPCION INMACULADA

DE MARÍA.

Predicadō en el convento de religiosas de la Concepcion de Méjico.

*Beatus venter qui te portavit: : quinimo
Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud. Luc. cap. 11. vv. 27. 28.*

La respuesta que el Salvador del mundo dió á esta piadosa muger, que admirada de su celestial doctrina prorumpió en alabanzas de María, es un irrefragable testimonio de que no hay á los ojos de Dios titulo que nos haga dignos de alabanza y aprecio sino el de la gracia y buenas obras. Porque, como si Jesucristo oyera con indiferencia un elogio que publicaba á su Madre bienaventurada, no dió otra respuesta que canonizar por venturosos á los que

obedientes y fieles hacen en toda su voluntad. Asi es, señores, que los dones de naturaleza y fortuna; la hermosura y firmezas; los titulos triunfantes y magnificos de grandeza y soberanía pueden sí deslumbrar los débiles ojos del mundo; pero todos desaparecen como humo ligero en presencia de aquel ante quien sola es verdadera grandeza la de la santidad. Ann en el mismo orden de la gracia no son las que engrandecen al hombre aquellas exteriores prerogativas que tanto nos sorprenden y arrebatán la admiracion. Ni el que obrando frecuentes milagros parece que dispone de la naturaleza á su arbitrio; ni el que penetra los secretos arcanos del corazon; ni el que descubre con superiores lucés lo por venir es por esto grande á los divinos ojos: estas gracias por sí solas son un esplendor que quedándose afuera no forman el verdadero precio de aquella hermosura que toda está en el interior fondo del alma santa. Sin el brillo de todas ellas aquel solo es grande, aun con la mas humilde y despreciable apariencia, que hace la voluntad divina; aquel mayor, que atesorando mas y mas santidad, aun en las obras comunes y vulgares, aspira á la caridad mas activa. Porque sin escepcion alguna será ante Dios el mayor y mas santo

el que tuviere mayor caridad sea quien fuere.

Pero que mucho, ¿si el mismo escelso y soberano titulo de Madre de Dios hubiera sido miserable objeto del divino desprecio sin el esplendor de la santidad, y sin el verdadero precio de la caridad? Esta es la misteriosa y util doctrina que quiso enseñarnos Jesucristo en el evangelio del dia, dice San Agustin. Nada hubiera aprovechado á Maria dar el ser á Jesucristo segun la carne, sino le hubiera alimentado en su corazón por medio de la fé y la caridad: fué feliz por haberle concebido; pero mas feliz por haberle amado. Y ved aquí, señores, sacado de esta misma doctrina, el poderoso argumento con que convencidos los fieles de la original pureza de Maria la veneran con una conorde piadosa creencia libre, y exenta del universal contagio del pecado en el primero dichosísimo instante de su concepcion. Porque ¿cómo hubiera aquel Señor, á cuya presencia no hay sólida grandeza sino la de la santidad, elevado al alto honor de Madre suya á la que en algun tiempo hubiera sido por la culpa infeliz objeto de su indignacion? ¿Y habia de permitir que la venenosa agua del pecado turbara en su origen la fuente mas pura? ¿Qué la arca

saludable, en que habian de salvarse las miserables reliquias del linage humano, se anegara en el torrente corrompido de aquel diluvio? ¿que la asquerosa serpiente se abrigara en el hermosísimo cerrado huerto de las virtudes? ¿Que la Madre de la santidad hubiera sido hija y esclava de la ira y del pecado? Asi desde los primeros siglos discurrían muchos antiguos Padres sobre la primera gracia de Maria: sobre éstos fundamentos trabajaron despues para defenderla los mas sabios doctores: la sostuvo con privilegios y decretos solemnes la iglesia santa, y por último (singular dicha de nuestro siglo) el unánime consentimiento de las naciones y los pueblos la ha puesto casi fuera de la raya de la opinion.

Yo ciertamente haria injuria á vuestra piedad si, valiéndome de lo que se ha discurrido sabiamente en favor de esta gracia original, me empeñara en querer demostraros un privilegio del que os preciais gloriosamente ser los mas fieles adoradores. Por tanto, aplicando la consideracion ácia el interes y la gloria que nos resulta á todos de la concepcion en gracia de Maria, séame lícito levantar el discurso hasta aquellos últimos designios que tuvo Dios en preservar á su Madre de la original

culpa: porque ó ya se considere el infame borron y deshonor que la primera culpa echó sobre la naturaleza toda, ó ya aquellos gloriosos destinos de la Providencia en la creacion de la naturaleza inocente impedidos por la caída de nuestro primer padre; en la concepcion en gracia de Maria veremos un medio el mas oportuno para reparar aquel deshonor, y para restaurar esta gloria. De suerte que, señalando Dios á Maria entre el resto todo del linage de Adán con la pureza del primer instante, no solo atendió á enriquecerla, y distinguirla singularmente entre las demas criaturas; sino que, con un designio mas universal, quiso por este medio exaltar la humana naturaleza abatida, y restaurar la divina gloria.

La grandeza (Jesus soberano) de una Madre que desde sus primeros alientos aspiró á glorificarte, disponiéndose así para ministrarte la carne y sangre que veneramos en este augusto Sacramento, interesa mucho á tu honor, para dudar que te fuera agradable el publicarla en tu presencia. Sea, pues, ella misma la que me aliente; ella la que me inspire una noble confianza, para hablar de este primero felicísimo instante en que derramaste sobre Maria raudales de gracia. AVE MARIA.

Hacer al hombre feliz: levantar del

confuso caos de la nada y del tosco polvo de la tierra hasta la cumbre del honor y la gloria la humana naturaleza fué el soberano designio de Dios en la creacion del universo. El hombre (que segun el sabio pensamiento de San Ambrosio) fué criado despues de las cosas todas, como señor y príncipe de ellas, era el término á cuya exaltacion destinaba el omnipotente las bellas obras de sus manos. El cielo con toda la brillante copia de luces que le adornan; el regular jamas interrumpido curso de sus astros: la lucida alternativa con que preside el mayor al dia llenándole de hermosa claridad, y el resto de los demas á la obscura noche para ilustrarla; la tierra con tanta variedad de seres casi innumerables; los unos útiles al sustento y servicio, los otros al regalo y comodidad; unos que sirven á la necesidad, otros al gusto, todos segun su primer destino no eran sino un instrumento proporcionado á la felicidad y grandeza del hombre. El en sí mismo gozaba cuanto podia conducir á esta exaltacion: compuesto de cuerpo y alma, aunque de tan diferente condicion uno y otra, se unian con lazo tan estrecho, y con una amistad tan fiel que podia al mismo tiempo lograr los puros gozos del espíritu en la contemplacion y conocimiento, y los

placeros inocentes del cuerpo en el gozo de los sentidos. Nada podía turbar esta dicha: sus humores se templaban con equilibrio tan perfecto que no sugetos á alteracion estaban exentos del dolor, de la enfermedad y de la jurisdiccion de la muerte; de ninguna criatura podia temer estar protegido á ese fin con una especial providencia, y proveido de un fruto maravilloso que restaurara sus fuerzas y mantuviera en la debida armonía todas sus partes. Sujerábase el cuerpo al espíritu, y el apetito á la razon con una subordinacion tan perfecta, que jamas se movieran las máquinas de las pasiones sino obedeciendo al resorte de la razon. Pero que mucho si le habia Dios formado á imagen y semejanza suya, destinando los mismos soberanos espiritus, superiores á él en naturaleza, para compañeros y custodios: el empero para casa de su eterna morada, y jó dignacion inesplicable de Dios, y grandeza casi incomprehensible del hombre! ya que Dios no podia formarse á sí mismo para el hombre, formó al hombre para el mismo Dios. Esto era el hombre en aquel brevísimo estado de su inocencia, y esta misma incomparable dicha se destinaba á todos nosotros segun las altas disposiciones de Dios en la creacion.

2011; Pero qué hago yo con traer á la memoria una felicidad y gloria que sin haber llegado hasta nosotros, perdida antes que gozada, solo sirve de penetrarnos de inconsolables sentimientos? Nuestro primer padre desconocido á tanto beneficio á pocos instantes de criado con la mas funesta desobediencia perdió para sí, y para su descendencia toda aquella elevacion y grandeza á que habia sido destinada. Al mismo punto, con la transformacion mas violenta, las criaturas todas, formadas para engrandecer al hombre, conspiraron á abatirle, y aumentar su infelicidad. El cielo y la tierra con sus diversas estaciones: los elementos luchando con una implacable contienda á cada paso le incomodan y afligen: sacudieron los animales el yugo de su imperio: turbóse la interior armonía de los humores, y abierta la puerta á la muerte trajo ésta en su compañía la melancólica tropa de dolores y enfermedades; encendiéndose con el ardor mas vivo una intestina guerra entre la razon y las pasiones; roto por el pecado el freno que las contenia, y rebosando ácia fuera los funestos efectos de esta rebelion pelea el hombre contra sí mismo despedazados los estrechos vínculos de la naturaleza. De aquí en lo interior deseos ambiciosos; iras vengativas;

afectos abominables que tienen á turnos el imperio sobre la razon: en lo exterior guerras sangrientas, pleitos, injusticias, robos, engaños que rompen y destrozan la sociedad. ¿Y para que os fatigo con tristes imágenes de males y desdichas de que una diaria esperiencia nos convence? Digámoslo en una palabra: la naturaleza humana criada para la alta cumbre de grandeza y de gloria cayó en el abismo mas profundo de miseria y abatimiento, la imagen de Dios apareció feamente borrada y deslucida, el príncipe del universo, el fin de las obras del omnipotente se lloró esclavo del demonio, y los gloriosos fines del Altísimo en la creacion del hombre se vieron frustrados por su abuso.

Apartad, señores, los ojos cansados de un espectáculo tan triste y lastimoso, para mirar los derechos de Dios ofendidos enormemente y casi rota (dejádmelo explicar así) la trama inefable de la Providencia en los altos designios de la exaltacion á que destinaba al hombre. Un Dios omnipotente empeñado en ensalzar nuestra naturaleza, sacando á este fin de los tesoros de su poder la obra magnífica del mundo, ver abatida al profundo de la miseria la que preparaba elevar á la cumbre de la grandeza ¿no os parece que esto demandaba

que el mismo Dios se empeñara de nuevo en restablecer y restaurar la gloria de sus altos fines? Yo bien sé que Dios infinitamente grande y feliz en si mismo sin disminuirse un punto su soberana felicidad por la caída del hombre se ostentaria igualmente poderoso, dejándole en su humilde abafimiento, cuanto lo hubiera sido en su exaltacion: sé tambien que su misericordia inefable dispuso, que tomando nuestra carne su mismo hijo elevara de nuevo al hombre caido libertándole de su desdichada esclavitud. Pero este mismo amor, esta misericordia que obligó á Dios á humillarse para ensalzar al hombre, me convence que el Señor no habia de dejar sin restablecer aquella primera exaltacion que hubiera gozado el linage de Adan en el estado de la inocencia. Su encarnacion incomprendible engrandece al hombre, pero levantando el humano ser hasta un orden divino quiso que el oscuro borron de nuestro origen sirviera siempre de recuerdo que humillara nuestra soberbia. Su redención abundante y copiosa nos colma aun de mayores bienes de los que hubiéramos gozado inocentes: cura la herida del pecado, limpia la mancha; pero (pidiéndolo así los derechos de su justicia) corrompida la naturaleza en su primer ori-

gen, miserable y desdichada en su principio no puede aspirar á aquella primera exaltacion que gozaria segun el destino de la creacion de nuestro primer padre. Y un Dios infinitamente celoso de su honor y su gloria, cuyos tesoros de sabiduria y poder son inagotables, ¿no hallará medio con que se cumplan los primeros designios de su consejo en la creacion á pesar de la original culpa, y sin ofender los derechos de su justicia? Si señores, sí: María Santísima pura desde su origen, su concepcion inmaculada será el desempeño de la omnipotencia cumpliéndose en ella los alros fines á que Dios preparaba al hombre inocente, y exaltándose en ella misma toda la humana naturaleza para restaurar la divina gloria: ella preservada del comun contagio, siempre inocente, siempre pura, dará á Dios toda aquella gloria que hubiera dado al Señor el cúmulo de criaturas inocentes, si Adán con su desleal ingratitude no hubiera manchado á toda su descendencia. Contemplad, señores, en aquel primero venturoso momento de la animacion de María, una pureza inmaculada, un origen sin mancha, una integridad y maravillosa concordia entre el cuerpo y el espíritu, en que sujeta y obediente la altanera tropa de las pasiones al imperio de

la razon, será siempre la alma la señora y la criada obediente la carne tributando desde sus primeros alientos á Dios el debido vasallage de las mas heroicas virtudes, adornada de una hermosura de alma que jamas marchitará la culpa: de una limpieza de cuerpo que nunca contagiara el veneno del pecado. En una palabra una criatura humana que, á pesar del toscó barro á que debió su primer ser, goce el principado sobre las demas criaturas, y en quien resplandezca desde entonces sin mancha la imagen del Criador. ¿No era esto, señores, puntualmente el soberano designio de Dios en la creacion del hombre, la grandeza que preparaba á toda la humana naturaleza y lo que ventajosamente se vió cumplido en María concebida en pureza original? Portose Dios en este sabio arbitrio como suelen los soberanos del mundo, que deseando ennoblecer una familia oscura y plebeya, ó no pudiendo ó no siendo oportuno ensalzar á cuantos la componen á la nobleza y los honores, eligen uno entre ellos cuya exaltacion redunde en los demas ennobleciendo á los mismos que se han quedado en el despreciable puesto en que los colocó el nacimiento ó la suerte. Sacó asi Dios á María de la vil é inmunda raza de Adán, levanta

tó del tierno asqueroso de la humana carne esta humilde margarita, y haciendo que del estéril tronco de nuestra naturaleza, que no destilaba sino veneno, brotara esta fecunda purísima rama llegó el humano ser á levantarse en Maria á la cumbre de la santidad ennoblecida y honrada la naturaleza, que en su origen y principio lloraba el oscuro borron que la destucia. Borrón tan negro, mancha tan universal, que cayendo sobre la obra mas lucida y preciosa de Dios, ella sola parece iba á consolar al demonio de su pérdida, y á poner sobre su altiva frente unos laureles que no marchitaran los densos humos de las negras llamas del infierno. Porque entremos por un breve rato á considerar las ideas soberbias, los desvanecidos y presuntuosos pensamientos en que se anegaria lucifer en aquel punto en que, victorioso de nuestro primer padre, consideraba ya bajo sus pies como despojo de su triunfo á toda la humana naturaleza; que importa, discurriria entre sí este espíritu igualmente altivo que infeliz: que importa que, confundidos y malogrados los deseos con que aspiraba á levantarme hasta el escelso trono del Altísimo, me vea abatido, perdido mi primer esplendor, á un abismo eterno de tormentos, si al fin he hallado medio

con que consolarme de mi pérdida, y reparar en algun modo mi deshonra. El hombre, obgeto de las delicias de Dios, centro y término de sus hermosas obras: el hombre á quien Dios ha querido levantar sobre mis mismas ruinas ensalzando un grosero barro sobre las espirituales inteligencias, y preparándole las sillas que yo y los míos habiamos de ocupar en el empirio: el hombre por último es ya miserable esclavo mio, cautivo de mi imperio, y logro ver convertidas en cadenas que le arrastren la corona que iba á ceñir sus sienas. Estorbé los designios del Altísimo en su creacion: manché su imagen: entré en posesion de su mas apreciable obra, y ya nadie me quitará el timbre de ser despojos míos sus primeros alientos. Qué importa (segun conjeturo) que el hijo de Dios, vistiéndose de la humana carne redimiendo al hombre de su esclavitud, repare su caída, rompa las cadenas de su cautiverio, y le restituya á la gracia; si él á pesar de todo esto primero será mi esclavo que su hijo, antes mi vasallo que su heredero, y el pecado propagando mi universal dominio hará á la naturaleza toda en sus primeras cunas mi tributaria. Estos altaneros discursos de lucifer tan tristes y funestos para el hombre, cuanto injuriosos á la di-

vina gloria, ocuparían sin duda su desvanecido espíritu, cuando Dios mismo tomando la palabra para confundir su orgullo, para consuelo del hombre, para desagrayo de su grandeza en una magnífica profecía, la primera que se halla en los libros sagrados, quiso comunicar anticipadamente al mundo la dichosa concepcion en gracia de María. No penseis, católicos, que con figuras estudiadas pretendo divertir vuestra atencion introduciendoo como en una representacion ó fingida escena personajes que inventa la imaginacion, ó la verisimilitud. No: Dios mismo al cap. 3.º del Génesis quiso ser el autor que publicara esta profecía cuando, maldiciendo en persona de la serpiente á lucifer, nos dió el mas poderoso testimonio de la original pureza de su Madre. Yo, le decia el Señor, levantaré de esta misma desdichada raza de Adán, de cuya esclavitud te envanece, una doncella pura é inmaculada en quien verás cumplirse los gloriosos fines que el pecado ha impedido, y en cuya inocencia contemplarás triunfante la humana naturaleza. Saldrá del diluvio corrompido del pecado sin que la infesten sus aguas; brotará una flor hermosa del esteril tronco de Adán y exenta de tu imperio, enemiga irreconciliable tuya: jamas hará

treguas con la culpa (1): *inimicitias ponam inter te et mulierem*. Te glorias en vano de tener el linage del hombre esclavizado, él en esta graciosísima hija suya va á domar tu cerviz, su planta tierna y delicada pisará tu orgullosa frente gimiendo enfurecido al ver vencida tu soberbia donde procuraste establecer tu imperio puesta tu cabeza bajo sus pies (2): *ipsa conteret caput tuum*. No habrá astucia que la burle, ó engaño en que caiga su inocencia triunfando siempre de tus asechanzas: *et tu insidiaveris calcaneo jus*. ¿Y quién no reconoce en estas divinas cláusulas, que he explicado segun la mas comun inteligencia de sabios doctores, quién no confesará que el Señor eligió á María en su concepcion purísima para exaltar la humana naturaleza, para desempeño de su gloria, y, para hablar en la frase del Crisóstomo, para que ella restaurara lo que nuestra madre comun habia perdido? *María restauravit quod Eva perdidit*.

Ya no me admira al considerar á María concebida en gracia para fines tan altos que su vida fuese una serie de privilegios casi incomprehensibles, de gracias sin

(1) Genesis cap. 3. v. 15. (2) Gen. cap. 3. v. 15.

egemplar, y que Dios se empeñara tanto en engrandecerla que parece agotó en ella los tesoros de su poder. Una virgen escogida desde el primer punto de su animacion para glorioso instrumento, que desempeñó las sabias ideas de la Providencia, separada para esto, y señalada entre el resto de las criaturas era preciso fuera anchuroso vaso en que se derramaran á manos llenas los dones del Altísimo. Discurren cuanto quisieren los iluminados doctores Marianos acerca de la grandeza de Maria, trabajen infatigables sus plumas en descubrirla al mundo adornada de prerogativas ilustres, de singulares exenciones, de gracias casi inefables; al fin, qué han hecho ó qué harán sino elogiar á medida de las limitadas luces de la humana comprension á aquella cuya gloria solo se mide dignamente por el poder y amor sin limite de Dios. Perfecto uso de la razon desde el primer momento que respira, continuo elevado egercicio de las mas perfectas virtudes, no interrumpido ni aun en el descanso del sueño: confirmacion en gracia, milagroso enlace de una maternidad fecunda con una intacta virginidad: asuncion gloriosa á los cielos en cuerpo y alma (digámoslo en breve): dispensar Dios en Maria las ordinarias leyes de la

naturaleza, y establecer en ella un nuevo orden y gerarquia de gracia es para mi una forzosa consecuencia de su concepcion inmaculada. Ni de otra suerte hubiera sido Maria, no solo glorioso honor de la humana naturaleza, sino tambien término feliz en cuya formacion aventajase Dios, y reformase en cierto modo las demas obras de su diestra deslucidas en alguna manera por la original culpa. El delito del hombre (dice el gran Padre San Gregorio) trastornando uno de los principales destinos para que se habian criado las cosas, todas, que era engrandecerle en su inocencia, hizo trascendental á ellas su contagio. El cielo, la tierra, las demas criaturas insensibles participes de su maldicion, alterado el curso de la naturaleza, lo fueron tambien de su desdicha. Habia Dios resuelto renovar el cielo y la tierra antiguos prometiendo por Isaías criar un nuevo cielo y una nueva tierra en quienes se vieran restituidos á su primer esplendor, y primero destino: *Ecce ego creo calum novum, et terram novam.* ¿Y cuándo se vió cumplida tan ilustre promesa sino en la dichosa concepcion de Maria que recuperó por su inocencia los derechos del dominio y principado que perdió Adan por su delito?

Fué María (dice San Bernardo) no solo el amable centro de la creación del mundo, sino que quiso Dios en ella formar para sí un mundo nuevo y singular: *Mariam Deus tanquam mundum specialissimum sibi condidit*. Este sin duda fué el poderoso motivo de aquel empeño con que Dios desde el principio de sus obras, ó como si se ensayara en ellas para la producción de María, ó como que había de juntar en esta Virgen las perfecciones todas que se hallan repartidas en el universo, puso en cada una de ellas un símbolo, una sombra de la grandeza de su Madre. Los brillos del sol y la apacible luz que refleja la luna, la innumerable variedad de estrellas refulgentes, los hermosos crepúsculos de la aurora parece no fueron criados sino para servir de una perfecta semejanza de María. Ni hallaréis criatura, entre cuantas vivientes vegetables é insensibles componen las diversas clases del mundo visible, en cuya característica perfeccion no se descubra un símbolo de las que adornan á María. Si en las entrañas de las minas oculta la tierra tesoros de oro y plata, riquísimas preciosas piedras: ellas son un geroglífico de los inestimables tesoros que depositó Dios en su Madre. Si cuaja la aurora en

el mar perlas finísimas, son semejanza de la pureza de esta Virgen. El cedro encumbrado, el elevado cipres, la palma fertil, el fragante bálsamo son unas divinas aunque imperfectas de su elevacion y virtudes. No se corona en los jardines entre las espinas la fresca rosa: no descolla en los valles el hermoso lirio: no producen los árboles sabrosos frutos que no sean geroglíficos empleados en los sagrados Libros para elogiar la hermosura y perfeccion de María. Pero adonde voy ni que podré deciros á vista de aquellas enfáticas espresiones con que Dios mismo en las escrituras santas se nos representa, ya arrebatado dulcemente de la hermosura de María, ya corriendo solícito en pos de su belleza, ya herido su corazon de sus ojos purísimos: al ver esto asombraos, señores, y decidme ¿sino he tenido razon para persuadiros que en la concepcion de esta Virgen se halla renovada la perfeccion del universo, y exaltada la humana naturaleza, y esto en grado tan sublime que lo que el humano ser no hubiera conseguido en el estado feliz de la inocencia, la grandeza á que entonces no debía aspirar, logró elevándose en María aun sobre los supremos coros de los ángeles. Hubiera (es verdad) el hombre inocente gozado

los inestimables dones á que según las leyes establecidas le daba derecho su felicidad; mas de tal suerte que guardándose siempre aquella armoniosa correspondencia que piden las diferentes gerarquias de los puros espíritus, y del hombre compuesto de carne y sangre, era conforme que reconociera por superiores en la gracia á los ángeles como lo son por su naturaleza. Pero Dios que, á la manera de oficiosa abeja que saca dulce miel de las mismas flores de donde estrae veneno la ponzoñosa araña, sabe hacer servir á sus gloriosos fines los mismos medios que el abuso ó la culpa puede oponer para impedirlos, sabiamente dispuso que cuando el demonio pensaba sujetar á sí á toda la naturaleza esclava suya por la culpa, la viera en María encumbrada sobre las mas altas inteligencias. Levantada la consideracion hasta aquel primero venturoso instante en que se concibe esta Virgen, y gozaos al ver el tosco barro de nuestro ser superior á los soberanos espíritus. Contemplad la alma de María unida á su pequeñísimo delicado cuerpo pura mas que los ángeles, profundamente humilde mas que los arcángeles, descansando en ella la Magestad divina con mas regocijo que en los tronos, mas obediente que las dominaciones, mas ce-

losa de la gloria de Dios, mas estrechamente unida á él que las potestades y principados: poderosa sobre las virtudes, mas sabia y mas amante que los serafines y querubines. ¿Y qué seria ver ya humildemente postradas en el cielo, ya bajando en tropas hasta la tierra las celestiales escuadras á reverenciar obsequiosas en aquel punto á una virgencita encerrada aun en el materno claustro que comenzaba apenas sus primeras respiraciones? Y si á vista de cuanto disponia Dios engrandecer al hombre inocente en los dones de la integridad original deberíamos esclamar con el profeta: ¡O inefable dignacion de Dios, que casi ha igualado al hombre con el ángel (1): *minuisti cum paulo minus ab angelis*: al contemplar como se engrandece el humano ser en María sobre los santos ángeles, clamemos llenos de regocijo. ¡O cómo se ha exaltado la humana naturaleza sobre los coros celestiales (2): *Ecce exaltata est super coros angelorum*. Feliz culpa (esclamaré yo), dichoso pecado que dió ocasion á que elegida María para Madre del Verbo la destinara Dios para que concebida en gracia exaltara al linage del hombre glorificando á su mismo Hacedor.

(1) Psalm. 8. v. 6. (2) Eccles. in offic.

Enjuaguemos ya, católicos, las lágrimas, que justamente derramamos al acordarnos del feo y abominable borron de nuestro origen, á vista de la inmaculada pureza de una Madre que ha reparado nuestro deshonor. Ella es la gloria de la triunfante y de la militante Jerusalem, ella la alegría del verdadero Israel, ella la honra y honor de toda nuestra naturaleza. Confortóla á beneficio del hombre la mano omnipotente del Señor para cortar la cabeza soberbia de Luzbel merecedora por esto de alabanzas eternas: *Manus Dei confortavit te et ideo eris benedicta in æternum.* Pero ¡ciega ingratitude nuestra! cuan poco apreciamos esta gloria cuando degenerando de la pureza de nuestra Madre abrigando en el corazón el monstruo del pecado nos sujetamos de nuevo al demonio, nos rendimos voluntarios á la asquerosa planta de aquel mismo que se postra vencido á los pies de María. Hijos suyos y adoradores con esteriore apariencias somos en el fondo sus irreconciliables enemigos por la culpa. No, no son solos los reverentes cultos del cuerpo digno tributo de la concepción purísima de María; elogios estériles, muertas devociones, obsequios infructuosos serán todos si no están animados con el aborrecimiento

del pecado. Ni se celebra dignamente la original gracia de María sino con la pureza de costumbres, y con aspirar continuamente á imitarla.

Dichosos, Virgen tierna é inmaculada, los que así celebran tu primera gracia empleados en reformar en sí con los vivos colores de las santas obras, con el pincel de la penitencia la imagen de Dios afeada por el pecado. Y ya que no alcanzan los votos mas ardientes, las mas humildes adoraciones á dar á Dios debidas gracias por el incomparable beneficio que recibimos de tu Concepcion, presenta ante el trono del inmaculado Cordero los encendidos afectos, el abrasado amor de estas virgenes religiosas cuya pureza, cuya penitencia y cuya piedad ácia ti las caracterizan verdaderas devotas de tu Concepcion, fieles hijas tuyas, y sinceras adoradoras de tu gloria.